

N. T. WRIGHT

Sencillamente Jesús

Una nueva visión
de quién era,
qué hizo y por qué
es importante

ACTUALIDAD

N. T. WRIGHT

SENCILLAMENTE JESÚS

Una nueva visión de quién era,
qué hizo y por qué es importante



Diseño: Ignacio Molano / Estudio SM

Título original: *Simply Jesus. A new vision of who he was, what he did, and why he matters*

Traducción de Federico Pastor Ramos

Publicado por acuerdo con HarperOne, un sello de HarperCollins Publishers

© 2011, Nicholas Thomas Wright

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2761-4

Depósito legal: M-22.233-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*Al amado recuerdo de Nicholas Irwin Wright,
16 de febrero de 1920 - 16 de marzo de 2011*

PRÓLOGO

Jesús de Nazaret plantea una pregunta y un reto dos mil años después de su vida. La pregunta es muy sencilla: ¿quién era exactamente? Esto incluye las preguntas siguientes: ¿quién creía él que era? ¿Qué hizo y dijo, por qué lo mataron? Y ¿resucitó de entre los muertos? El reto es igualmente muy simple: puesto que pidió a gente que lo siguiera, y puesto que ha habido gente que desde entonces lo ha intentado, ¿qué implica el «seguirlo»? ¿Cómo podemos saber si estamos en el buen camino?

He empleado gran parte de mi vida en cavilar sobre estas cuestiones, intentando enfocarlas desde diversos ángulos y responderlas. Ha sido estimulante y desafiante. Habiendo crecido en un ambiente familiar cristiano y habiendo experimentado el crecimiento y desarrollo de mi propia fe personal desde mis tempranos años hasta la edad adulta, he sido consciente de una vocación que nuestra cultura actual normalmente divide en dos partes, pero que yo sigo viendo como un todo único. He sido llamado a ser historiador y teólogo, maestro y escritor especializado en la historia y pensamiento del cristianismo inicial; también he tenido la vocación de pastor en la Iglesia. Algunas veces he podido unir estos elementos, el académico y el pastoral; otras, los trabajos que he tenido me han forzado a especializarme en uno en lugar de otro, dejando un desequilibrio que he intentado corregir. La importancia de esta nota autobiográfica para nuestro tema actual creo que debería estar clara: escribir sobre Jesús para mí nunca ha sido una materia simplemente de estudio histórico «neutro» (de hecho no hay tal cosa, cualquiera que sea el tema, pero tendremos que dejar este punto de momento). El Jesús que estudio históricamente es el Jesús que adoro como parte de la triple unidad del único Dios. Pero, de forma parecida, escribir sobre Jesús nunca ha sido simplemente una materia pura pastoral y homilética; el Jesús que predico es el

Jesús que vivió y murió como ser humano real en la Palestina del siglo I. La cultura occidental moderna, especialmente en Estados Unidos, ha hecho todo lo posible por evitar que estas dos figuras, el Jesús de la historia y el de la fe, se encuentren. Yo he hecho todo lo que he podido para resistirme a esta tendencia, a pesar de los gruñidos de protesta desde ambos lados.

Este libro se titula *Sencillamente Jesús (Simply Jesus)*, como deliberada sucesión de otro libro anterior mío, *Simply Christians*. Sin embargo, hay sencillez y sencillez. A menudo, cuando doy una charla en público y luego hay preguntas del auditorio, alguien se levanta y dice: «Tengo una pregunta muy sencilla». Y después sale con algo así como: «Exactamente, ¿quién es Dios?», o «¿qué había antes de la creación?», o «si Dios es bueno, ¿por qué hay mal?». Como siempre digo a estas personas, la pregunta puede ser sencilla, pero la respuesta puede no serlo. De hecho, si intentamos dar respuestas «sencillas», podemos simplificar las cosas en exceso y acabar siendo solo enigmáticos. (Cuando alguien preguntó a Agustín qué estaba haciendo Dios antes de la creación, replicó que Dios estaba haciendo el infierno para gente que hacía preguntas tontas.) La sencillez es una gran virtud, pero la excesiva simplificación puede ser realmente un vicio, un signo de pereza.

Esto es, evidentemente, un problema corriente. Supongamos que estoy fuera de mi colegio en St. Andrews y un coche se para. «Una simple pregunta –dice el conductor–, ¿cómo voy a Glasgow desde aquí?». Desde luego, la pregunta es sencilla, pero la respuesta lo es menos. Si yo digo simplemente: «Siga hacia el oeste y un poco al sur, y no se puede perder», estoy diciendo la verdad más o menos. Las carreteras están razonablemente bien señalizadas. Pero las carreteras no son simples, y sin más ayuda uno se puede perder fácilmente. Podría ser útil señalar que en el camino hay un gran río, de aproximadamente un kilómetro y medio de ancho en su punto más estrecho, que llega hasta muy arriba tierra adentro y que el puente sobre el río está cerrado algunas veces por fuertes vientos, pero que la ruta alternativa implica pasar por varias ciudades pequeñas y pue-

blos, y rodear una o dos hileras de colinas. El conductor no quiere saber todo eso, o no en ese momento. Pero a menos que yo llame la atención sobre algo de esto, puedo estar simplificando demasiado y el conductor puede pensar que mi «sencilla» indicación es demasiado sencilla. Sin embargo, cuando a mitad del camino se quede atrapado en alguna aldea perdida, puede pensar que un poco de complicación más podría haberle sido de ayuda.

Me siento un poco así con este libro. Me he propuesto escribir un libro «sencillo» sobre Jesús. Pero Jesús no fue sencillo en su propio tiempo y no es sencillo en la actualidad. Se puede pensar que sería relativamente fácil coger mis libros anteriores, especialmente *Jesus and the Victory of God* y *The Challenge of Jesus*¹ y convertirlos en algo del todo «sencillo». Pero quedé sorprendido cuando, al proyectar este libro y luego al escribirlo, descubrí las muchas vueltas y revueltas de las que ahora soy consciente y que no trataban en esas obras anteriores.

Y no es solo que los estudios hayan avanzado, aunque naturalmente lo han hecho. Este libro no es el lugar para estudiar esos debates. Es que he empleado la mayor parte de los últimos diez años trabajando de obispo en la Iglesia de Inglaterra y que, aunque en algunas imaginaciones populares los obispos no tienen mucho que ver con Jesús, me he encontrado pensando, hablando y predicando mucho sobre Jesús durante todo ese tiempo. En especial estuve desde luego vitalmente interesado en la forma en que Jesús y la lucha por seguirle pueden crear alguna diferencia en las vidas reales y comunidades reales desde las viejas aldeas mineras del condado de Durham, donde viví y trabajé desde 2003 a 2010, hasta los pasillos del poder en Westminster.

La mayor parte de ese tiempo no me detuve a preguntar cómo todo ese ministerio y la vida de oración y de sacramentos

¹ *Jesus and the Victory of God*. Londres-Minneapolis, SPCK - Fortress Press, 1996; *The Challenge of Jesus*. Londres - Downers Grove, IL, SPCK-InterVarsity, 2000.

que lo apoyaban podrían estar cambiando mi visión de Jesús. Ahora, sin embargo, cuando el coche se detiene y alguien dice: «Una pregunta sencilla: cuénteme algo sobre Jesús», me encuentro queriendo hablar del río, del puente, de los fuertes vientos, de las pequeñas ciudades y de las colinas. Podría decir solamente: «Empiece simplemente leyendo los evangelios e intente seguir a Jesús», y eso podría funcionar, como decir al viajero que vaya al oeste y al sur y esperar lo mejor. Pero decidí responder a la sencilla pregunta juntando, capa a capa y de la manera más sencilla que pudiera, lo que creo que puede ayudar a alguien que verdaderamente quiera encontrar a Jesús a encontrarlo tal como era realmente y a encontrar el camino *mediante* Jesús hacia Dios mismo y a la vida en la que «seguir a Jesús» puede tener sentido.

El libro se divide más o menos en tres partes. La parte primera consta de los primeros cinco capítulos, en los que intento explicar las cuestiones clave, por qué importan y por qué tenemos hoy en día dificultad para responderlas.

Luego, en la parte central del libro, la parte segunda (capítulos 6-14), intento tan sencillamente como me es posible decir lo que pienso sobre lo que trataba la vida pública de Jesús, lo que intentaba realizar y cómo le fue en ello. En este punto, para ser honrado, el material es tan rico y denso que me he encontrado como un experto en jardines al que se le da media hora para guiar a un visitante por una tienda de flores de Chelsea, desesperado por elegir sobre lo que hablar y ansioso por mantener alguna forma y dirección en la visita guiada. Encontré necesario, aquí y allá, entrar en la técnica cinematográfica de los *flashbacks* y también de los *flashforwards* (*flashes* hacia adelante), separando a los lectores por un momento de Jesús para dirigirlos a otros dirigentes o posibles dirigentes de los movimientos judíos del período. (No he querido ponerlos al comienzo porque los lectores podrían haberse cansado y podrían desesperar de llegar alguna vez al propio Jesús. Colocándolos donde lo he hecho, confío en que iluminen a Jesús más que distraigan la atención de él.)

En esta sección pido a los lectores que intenten algunos experimentos de pensamiento. Esto es del todo necesario, porque los judíos del siglo I pensaban muy diferentemente de la forma en que lo hacemos ahora, y desde luego de las formas en que pensaban otras personas de ese siglo, los griegos y los romanos por ejemplo. Tenemos que hacer un serio esfuerzo para ver las cosas desde un punto de vista judío del siglo I, si es que queremos entender de qué trata todo lo de Jesús.

Todo ello nos lleva, al final, a la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, y al sentido de esos acontecimientos. A lo largo de todo el libro, como aparecerá rápidamente, he hecho lo más que he podido para explicar el significado de la expresión que Jesús usaba como el gran lema de su entero proyecto, el «reino de Dios».

La parte tercera del libro consta de un largo capítulo final que podía titularse «Así que, ¿qué?». Con otras palabras, ¿qué significa todo esto para nosotros en la actualidad? Esbozo cuatro formas en que la gente hoy en día ha intentado comprender la importancia contemporánea de la instauración del reino de Dios por parte de Jesús y discutirlo entre sí. De aquí emerge un sentido central en el Nuevo Testamento: que la forma de Jesús de gobernar el mundo aquí y ahora es, sin embargo y sorprendentemente, por medio de sus seguidores. El centro de la vida de estos es la adoración conducida por el Espíritu, por medio de la cual se constituyen como «el cuerpo de Cristo» y reciben energía para ello. El programa que se sigue de todo esto está formulado en esos memorables dichos que llamamos las bienaventuranzas, que ofrecen un lugar privilegiado desde el que explorar las formas en que el proyecto de reino de Dios que Jesús anunció y que creía que iba a realizarse mediante su muerte puede convertirse en realidad no solo en las vidas de sus seguidores, sino *mediante* las vidas de sus seguidores. Este capítulo final solo es un indicador hacia propuestas mucho mayores que podrían adelantarse en este punto, pero es claramente importante, dado el tema del libro en su conjunto, que se diga algo al menos en estas líneas. He recibido ánimo por las muchas maneras en que

cristianos de muy diferentes tradiciones han explorado estos temas en teoría y en la práctica durante los años recientes, y espero que este libro les dé una más sólida base bíblica y teológica, y quizá dé forma a estas exploraciones y esfuerzos.

Acabo de mencionar a los judíos del siglo I y cómo pensaban. Naturalmente, soy consciente de que había muchas variedades diferentes de judaísmo en el mundo antiguo, como las hay en nuestros días, y que todas las generalizaciones sobre los judíos, e igualmente sobre griegos y romanos, están sujetas a ignorar enteras bibliotecas llenas de complejos detalles. He escrito sobre algo de esto en otra parte (especialmente en *The New Testament and the People of God*²). Pero algunas cosas tienen que simplificarse si es que queremos llegar a alguna parte.

Este es el primer libro que he escrito desde la muerte de mi querido padre a la edad de noventa y un años. Habiendo leído poca o ninguna teología hasta mediados de sus sesenta años, cuando comencé a escribir leía todo lo que escribía a los pocos días de su publicación, y frecuentemente me llamaba por teléfono para decirme lo que pensaba sobre ello. Aprecio algunos de sus comentarios. «He mirado tres veces en el diccionario “escatología” –se quejaba en una ocasión– y sigo olvidando lo que significa». Cuando apareció mi gran libro sobre la resurrección, leyó sus setecientas páginas en tres días, comentando que había empezado a disfrutarlo después de más o menos la página 600. Posiblemente, teniendo el fin a la vista, estaba empezando a *experimentar* la esperanza tanto como leyendo sobre ella. Especialmente con mis escritos populares, me doy cuenta ahora de que él fue siempre parte del «auditorio de referencia» del que subconscientemente yo era consciente. Escribir un libro como el presente hace sentirse diferente ahora que él no está para leerlo. En cualquier caso, aunque espero que haya aprendido de mí algunas cosas, este libro –especialmente su capítulo final– insi-

² *The New Testament and the People of God*. Londres-Minneapolis, SPCK – Fortress Press, 1992.

núa algunas de las muchas cosas que aprendí de él. Lamentando su partida, dedico este libro a su recuerdo con gratitud, amor y, sí, esperanza.

N. T. WRIGHT
St. Mary's College
St. Andrews,
Ascensión 2011

PARTE PRIMERA

1

UNA CLASE MUY EXTRAÑA DE REY

«Mientras Jesús pasaba, las gentes extendían sus mantos por el camino. Cuando llegó a la bajada del Monte de los Olivos, toda la muchedumbre de discípulos se llenó de alegría y se pusieron a alabar a Dios con grandes voces» (Lc 19,36-37). La multitud se excitaba cuando se acercó. Era el momento que habían estado esperando. Volvieron todos los antiguos cantos y las gentes cantaban, coreaban, aclamaban y reían. Al fin sus sueños se iban a convertir en realidad.

Pero en medio de todo esto no todos sus dirigentes estaban cantando: «Cuando se acercó y vio la ciudad, lloró por ella» (v. 41). Sí, sus sueños estaban ciertamente convirtiéndose en realidad. Pero no de la forma en que imaginaban.

Él no era el rey que esperaban. No era como los monarcas de antaño, que se sentaban en sus tronos de joyas y marfiles, dispensando justicia y sabiduría. Ni era tampoco el gran rey guerrero que algunos habían querido. No levantaba un ejército ni cabalgaba hacia la batalla a su cabeza. Cabalgaba sobre un burro. Y lloraba, lloraba por el sueño que había de morir, lloraba por la espada que traspasaría el alma de sus partidarios. Lloraba por el reino que no venía, así como por el reino que era.

La llegada de Jesús a Jerusalén unos pocos días antes de su muerte es una de las escenas mejor conocidas de los evangelios. Pero, ¿de qué se trataba? ¿Qué pensaba Jesús que estaba haciendo?

Tengo una clara y nítida memoria del momento en que por primera vez esta cuestión emergió en mi conciencia. Fue en el otoño de 1971. Era más o menos un mes después de nuestra

boda y yo había empezado mi preparación para la ordenación. Mundos nuevos se estaban abriendo ante mí. Pero yo no había esperado este. Un amigo me prestó el álbum *Jesucristo Superstar*.

Yo había sabido cosas sobre Jesús durante toda mi vida. Hasta me atrevo a decir que había conocido a Jesús toda mi vida; quizá es mejor decir que él me había conocido a mí. Era una presencia, un amor que te rodeaba, susurrando suavemente en la escritura, cantando con una voz muy alta en la belleza de la creación, majestuoso en las montañas y en el mar. Yo había hecho todo lo que podía por seguirle, llegar a conocerle, encontrar lo que quería que yo hiciera. No era un amigo que no pidiese nada; siempre era una presencia perturbadora y desafiante, poniendo en guardia contra falsas sendas y lamentándose cuando yo iba por mi propio camino. Pero él era también una presencia que curaba con un suspiro; como un héroe de Bunyan, yo sabía lo que era ver alejarse las cargas. Había recorrido muchas veces el ciclo que encontramos en los evangelios sobre el carácter de Pedro: firmes declaraciones de lealtad perenne seguidas por estrepitosos fracasos, seguidos, a su vez, por un asombroso, generoso amor perdonador.

Pero cuando mi novia y yo nos mudamos a nuestro apartamento del bajo escuché *Jesucristo Superstar*. Andrew Lloyd Webber era todavía un joven muñeco descarado y no un par del reino; y Tim Rice todavía escribía letras con auténtica fuerza y profundidad. Algunos estaban disgustados con *Jesucristo Superstar*. ¿Era algo cínico? ¿No hacía surgir todo tipo de dudas? Yo no lo escuchaba de ese modo. Oía más bien las preguntas: «¿Tú quién eres?, ¿qué has sacrificado...?, ¿crees que eres lo que dicen que eres?». Estas eran las auténticas preguntas limpias, el otro lado de la historia que yo había aprendido (o por lo menos otro lado de la historia).

Era como si toda la energía de la cultura popular de los sesenta se hubiera vuelto del revés, alejándose de sus preocupaciones con el sexo, las drogas y el *rock and roll*, y estuviera mirando de nuevo al Jesús que casi había olvidado. Había un sentido decir: «Ah, estás todavía ahí, ¿no? ¿Dónde encajas? ¿De qué

va en realidad todo esto?». La cultura occidental lanzaba a Jesús la pregunta con la que había puesto a prueba a sus discípulos. Pero en lugar de «¿quién decís vosotros que soy yo?», *nosotros* le preguntábamos a él: «¿Quién dices que eres tú?».

Rice y Lloyd Webber no daban respuestas. No era su intención. A menudo hago notar a los estudiantes que vienen a la universidad no a aprender las respuestas, sino a descubrir las preguntas pertinentes. Lo mismo vale para *Jesucristo Superstar*. Y las preguntas eran –estoy convencido– correctas y adecuadas. No es la única pregunta sobre Jesús ni es la única que nosotros deberíamos preguntar a Jesús, pero es absolutamente adecuada a su manera. Y necesaria. A menos que se haga la pregunta («¿eres tú el que ellos dicen que eres?»), tu «Jesús» puede desaparecer como un globo de aire caliente en la niebla de la fantasía. Este problema sigue siendo enormemente importante.

Es la pregunta sobre quién era realmente Jesús. Lo que hizo, lo que dijo, lo que quería decir. Es, por alusiones, la pregunta que toda fe cristiana adulta tiene que plantearse. ¿Es nuestro sentido de Jesús una presencia perturbadora, pero también curadora, desafiante, y también consoladora, una pura ficción de nuestra imaginación? ¿Tenía razón Freud al considerarlo una proyección de nuestros deseos internos? ¿Tenía razón Marx al decir que solo es una manera de tener tranquilas a las masas hambrientas? ¿Tenía razón Nietzsche al decir que Jesús enseñó una religión débil que ha minado la energía de la humanidad desde entonces? Y –puesto que estos tres caballeros son actualmente una venerable parte del paisaje cultural por derecho propio– ¿tienen razón los chillones ateos de la actualidad al decir que Dios mismo es una falsa ilusión, que el cristianismo está fundado en un error múltiple, que está fuera de nuestro tiempo, que es malo para la salud, denigrado masivamente, desastroso socialmente y ridículamente incoherente?

Ante estas cuestiones procedentes de Rice y Lloyd Webber, Richard Dawkins o cualquier otra persona, los cristianos tienen una opción. Pueden seguir hablando de «Jesús», adorándole en liturgias formales o encuentros informales, rezándole y viendo

lo que ocurre en las propias vidas y comunidades cuando hacen esto... y dejando de plantearse la cuestión que ha estado en el fondo de la mente de todos durante el último siglo por lo menos. O también pueden aceptar la cuestión (aunque, como muchas otras, haya que redefinirla cada vez que te acercas más a ella) y ponerse a responderla.

En el otoño de 1971 yo no estaba todavía preparado para hacer esta última opción. Pero a los pocos años caí en la cuenta de que no podía seguir ignorándola. Por entonces, en los últimos años setenta, fui ordenado y predicaba regularmente, dirigía grupos de confirmación y organizaba la liturgia. Estaba terminando el doctorado y enseñando a chicos de bachillerato. Mi esposa y yo tuvimos dos hijos y había más en camino. Estábamos enfrentándonos a la «vida real» en varios niveles. ¿Por qué debía evitar el desafío del Jesús real? Todas las veces que abría los evangelios y pensaba en mi siguiente sermón me enfrentaba con preguntas: ¿dijo él *realmente* eso?, ¿hizo realmente eso?, ¿qué significaba? Había muchas voces a mi alrededor para decir que él no lo había dicho, que no lo había hecho realmente y que el único «significado» es que la Iglesia representa una gran trampa para la confianza. Si yo iba a predicar y, también, si iba a aconsejar a la gente a confiar en Jesús y a procurar conocerlo por sí mismos, no podía hacerlo honradamente a menos que me enfrentara yo mismo con las difíciles preguntas.

Ha sido un largo viaje. Sin duda hay mucho más por descubrir. Pero este libro dirá lo más sencillamente posible todo lo que he encontrado hasta ahora.

El desafío a las Iglesias

Con Jesús es fácil ser complicado y difícil ser simple. Parte de la dificultad es que Jesús era y es mucho más de lo que la gente imagina. No solo la gente en general, sino cristianos practicantes y las mismas Iglesias. Enfrentados con los evangelios –los cuatro libros primitivos que nos proporcionan la mayor parte

de información sobre él—, la mayoría de los cristianos modernos están en la misma situación que yo cuando me siento delante del ordenador. El ordenador hará —estoy informado fiablemente— un gran número de complejas tareas. Sin embargo, yo solo lo uso para tres cosas: escribir, poner correos electrónicos y búsquedas ocasionales en Internet. Si el ordenador fuese una persona, se sentiría frustrado y muy infravalorado al quedarse todo su potencial sin realizar. Nosotros estamos, creo yo, en esa posición hoy día cuando leemos las historias de Jesús en los evangelios. En la Iglesia usamos estas historias para diversas cosas obvias: pequeños sermones moralizantes sobre cómo proceder la semana próxima, ayudas para la oración y meditación, relleno para un cuadro teológico extraído mayormente de otros sitios. Los evangelios, como mi ordenador, tienen todo el derecho de sentirse frustrados. Su entero potencial se queda sin realizar.

Peor aún, *Jesús mismo* tiene todo el derecho de sentirse frustrado. Muchos cristianos, al oír de alguien que hace «investigación histórica» sobre Jesús, comienzan a preocuparse de que lo que saldrá es un Jesús más pequeño, menos significativo del que ellos habían esperado encontrar. Muchos libros ofrecen exactamente eso: un Jesús de tamaño natural, Jesús como un gran maestro moral o líder religioso, un gran hombre, pero nada más. Actualmente, los cristianos reconocen rutinariamente este reduccionismo y se resisten a él. Pero yo he ido creyendo cada vez más que deberíamos inquietarnos justo por la razón contraria. Jesús —¡el Jesús que podríamos descubrir si realmente mirásemos!— es más grande, más perturbador y urge más de lo que nosotros —¡la Iglesia!— hubiéramos imaginado nunca. Hemos logrado escondernos con éxito detrás de otros temas (ciertamente importantes) y evitar el enorme desafío, que sacudiría el mundo, con la pretensión central de Jesús y su realización. Somos nosotros, las Iglesias, quienes hemos sido realmente reduccionistas. Hemos reducido el reino de Dios a la piedad privada, a la victoria de la cruz para consolar la conciencia, y la misma Pascua es un final feliz escapista después de una triste y oscura historia. La

piedad, conciencia y felicidad última son importantes, pero no tan importantes como el mismo Jesús.

Es claro que la razón de que Jesús no fuera la clase de rey que la gente había querido en su propio tiempo es –anticipando nuestra conclusión– que él *era* el auténtico rey, pero que la gente se había acostumbrado a otro tipo de rey, ordinario, andrajoso y de segunda. Buscaban un constructor para edificar el hogar que ellos pensaban que querían, pero él era el arquitecto que llegaba con un nuevo plano que les daría todo lo que necesitaban, pero en un marco nuevo. Buscaban un cantante para cantar la canción que ellos habían musitado durante mucho tiempo, pero él era el compositor que traía una canción nueva para la cual las antiguas canciones que ellos conocían podrían ser, a lo sumo, el acompañamiento. Era el rey, cierto, pero había venido a volver a definir la realeza en torno a su palabra, su misión, su destino.

Es tiempo, creo, de reconocer no solo quién era Jesús en su momento histórico, a pesar de que sus contemporáneos no lo reconocieran, sino también quién es y será en el nuestro. «Vino a los suyos –escribía uno de sus mayores seguidores del comienzo–, y los suyos no lo reconocieron» (Jn 1,11). El enigma continúa.

Quizá, ciertamente, ha ocurrido lo mismo en nuestros mismos días. Quizá hasta «los suyos» –este tiempo, no el pueblo judío del siglo I, sino los hipotéticos cristianos del mundo occidental– no han estado dispuestos a reconocer al mismo Jesús. Queremos un líder «religioso», ¡no un rey! Queremos alguien que salve nuestras almas, ¡no que gobierne nuestro mundo! O, si queremos un rey, alguien que se responsabilice de nuestro mundo, lo que queremos es alguien que ponga en práctica las políticas que nosotros ya aceptamos, exactamente como hicieron los contemporáneos de Jesús. Pero si los cristianos no entienden bien a Jesús, ¿qué posibilidades hay de que otras gentes se preocupen mucho de él?

Este libro está escrito en la creencia de que el tema de Jesús –quién era realmente, qué hizo realmente, que significa y por qué importa– sigue siendo enormemente importante en todas

las áreas, no solo de la vida personal, sino también de la vida política, no solo en la «religión» o la «espiritualidad», sino también en esferas de la conducta humana tales como la cosmovisión, la cultura, la justicia, la belleza, la ecología, la amistad, los estudios y el sexo. Usted puede sentirse aliviado, o quizá desilusionado, al saber que no tendremos espacio para tratar de todos esos temas. Lo que intentaremos hacer es mirar simple y claramente al mismo Jesús, con la esperanza de que una ojeada fresca sobre él nos permita adquirir una nueva perspectiva también de todo lo demás. Habrá tiempo suficiente para estudiar otras cosas en otros sitios.

Dentro de los evangelios

Jesús de Nazaret fue una figura de la historia. Esto es lo que tenemos para empezar. Nació en algún lugar alrededor del 4. a. C. (el que inventó nuestro actual sistema de calendario casi acertó, pero no del todo) y creció en la ciudad de Nazaret, en la Palestina septentrional. Su madre estaba emparentada con familias sacerdotales y Jesús tuvo un primo, Juan, que en el curso ordinario de los acontecimientos hubiera trabajado de sacerdote. El esposo de su madre, José, era de una antigua familia real, la familia del rey David, de la tribu de Judá, aunque en su tiempo no había ninguna condición social especial relacionada con ser miembro de esa familia. Sabemos muy poco de la vida temprana de Jesús; uno de los evangelios cuenta una historia suya como un precoz niño de doce años, ya capaz de preguntar cuestiones importantes y debatir con adultos. Su vida posterior indica que, como a muchos niños judíos, se le había enseñado a leer las antiguas Escrituras de Israel, y en la edad adulta las conocía bien y había sacado sus propias conclusiones de lo que significaban. Muy probablemente trabajase con José en el negocio familiar, que estaba en la construcción.

Por lo que conocemos, nunca salió fuera del Oriente Próximo. Igualmente tampoco se casó. A pesar de especulaciones de

alguna literatura fantástica, no hay el más mínimo indicio histórico de tal relación, y todavía menos de hijos. (Los parientes consanguíneos de Jesús eran bien conocidos en la Iglesia; si hubiera tenido una familia propia, ciertamente habiéramos oído algo de ella. Y no ha ocurrido.) Desde la completa oscuridad, Jesús salió repentinamente a la atención pública a finales de los años veinte del siglo I, cuando tenía más o menos treinta años. Prácticamente todo lo que sabemos de él como figura histórica está comprimido en un corto espacio de tiempo; no es fácil decir si duró uno, dos o tres años, pero con bastante seguridad no fue un tiempo mucho más largo. Luego fue detenido por las autoridades en Jerusalén y, después de una especie de proceso, ejecutado con la acusación de ser un posible dirigente rebelde, un «rey de los judíos». Como muchos miles de jóvenes judíos de aquel período, murió por crucifixión, un horrible método de matar pensado para torturar a las víctimas lo más posible. Sucedió en la época de Pascua, muy probablemente en el año 30 o posiblemente en el 33.

Estamos, pues, ante una curiosa situación cuando intentamos colocar a Jesús en su auténtico contexto histórico. Sabemos mucho sobre el corto período final de su vida y apenas nada sobre el período anterior. Jesús mismo no escribió nada por lo que nosotros sabemos. Las fuentes que tenemos sobre su carrera pública –los cuatro evangelios del Nuevo Testamento– son densas, complejas y con muchos estratos. Son obras de arte, de alguna manera, por derecho propio. Pero es totalmente imposible explicar su misma existencia, mucho menos su contenido detallado, a menos que Jesús fuera no solo una figura de real y sólida historia, sino también, en gran medida, la clase de persona que le hicieron ser. Si no hubiera sido eso –si gente astuta lo hubiera forjado del puro aire para dar validez a su propio movimiento nuevo, como algunos han sugerido ridículamente–, no valdría la pena ocuparse de él. Pero, si fue una figura de la historia, podemos intentar descubrir lo que hizo y lo que ello significó en su propio tiempo. Podemos intentar pasar no «detrás» de los evangelios, como algunos presuntuosamente sugie-

ren que es la intención de la investigación histórica, sino *dentro* de ellos, para descubrir al Jesús del que nos han estado contando todo, pero al que hemos conseguido ocultar de la vista. Esto ocupará la mayor parte de este libro.

Pero los cristianos siempre han creído también que Jesús vive en la actualidad y que tendrá un papel determinante en el último futuro, hacia el que nos estamos encaminando. Es él mismo, decía otro sabio escrito cristiano antiguo, «ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8). Este libro es principalmente sobre el «ayer» no en último término, porque es la parte que muchos en la actualidad simplemente no conocen. Pero hacia el final del libro trataré algo relativo a la parte del «mañana» (¿qué será Jesús en el definitivo futuro de Dios?) y sugeriré formas en la que esta combinación del «ayer» y del «mañana» puede condicionarnos para pensar y proceder de forma diversa en relación con Jesús «hoy».

LOS TRES PROBLEMAS

Jesús de Nazaret, pues, está en el centro de la historia. Decenas de millones de personas le llaman «Señor», y hacen todo lo que pueden por seguirle. Innumerables más, incluyendo a algunos que intentan ignorarlo, encuentran que aparece de golpe en algún sitio, un verso en una canción, una imagen en una película, una cruz en el lejano horizonte. La mayor parte del mundo ha adoptado un calendario basado supuestamente en su nacimiento (está equivocado en algunos años, pero se encuentra bastante próximo). Jesús es inevitable.

Pero Jesús es también profundamente misterioso. No es porque, como ocurre con cualquier otra figura de la historia antigua, no sepamos tanto sobre él como nos gustaría. (De hecho sabemos más sobre él de lo que sabemos sobre la mayoría de las personas del mundo antiguo; pero aun algunos de los que escribieron sobre él en su tiempo admitían que solo estaban escurbando en la superficie.) Jesús es misterioso porque lo que nosotros *sabemos* realmente –lo que nuestras pruebas nos animan a ver como el núcleo de quién era y de lo que hizo– es tan diferente de lo que sabemos sobre cualquier otra persona que nos vemos forzados a preguntar, como evidentemente hizo la gente de su tiempo: entonces, ¿quién *es* este? Hay que repetirlo, la gente que lo escuchaba en su tiempo decía cosas como: «No hemos oído nunca a nadie hablar como este», y ellos no se referían a su tono de voz o a su hábil oratoria. Jesús intrigaba a la gente entonces y esa intriga todavía sigue.

Hay tres razones para ello. La primera razón para nuestra intriga es que, para la mayoría de nosotros, el mundo de Jesús resulta un país extraño y foráneo. No me refiero solo al Oriente Próximo, un lugar de grandes perturbaciones internacionales

entonces igual que ahora. Me refiero a que la gente en su tiempo y en su país pensaba de forma diferente. Veían el mundo de forma diferente. Contaban diferentes historias para explicar quiénes eran y qué querían. Normalmente nosotros no pensamos, miramos y contamos historias de la forma en que ellos lo hacían. Tenemos que meternos en ese mundo si el sentido que Jesús tenía para ellos va a tenerlo para nosotros ahora.

Un ejemplo puede ayudar. En el mundo occidental actual es corriente que algunos jóvenes pidan ayuda financiera a sus padres para comenzar la vida. Si los padres acomodados rechazaran esta petición, podríamos pensar que son tacaños. Pero cuando Jesús contó la historia de un hijo joven que pedía su herencia al padre, estando vivo todavía, sus oyentes se impresionaron. Probablemente consideraban el acto del hijo como una maldición dirigida al padre, diciendo realmente: «Deseo que estuvieras muerto». Esto le da a toda la historia un sabor diferente. No se pueden suponer que las cosas funcionaban en aquellos tiempos de la forma en que lo hacen hoy en día.

Pero si la primera razón para la intriga es que el *mundo* de Jesús es extraño para nosotros, la segunda es que el *Dios* de Jesús también es extraño para nosotros. La idea misma puede parecer rara. ¿No es Dios simplemente Dios? ¿No se trata solo de si se cree en Dios o no? No. La palabra «Dios» y sus diversos equivalentes en otras lenguas, antiguas y modernas, pueden *significar* «la realidad última o suprema» o «un ser u objeto que se cree tiene atributos y poderes naturales y que exige la adoración humana». Estas son de hecho dos definiciones básicas que aparecen en el *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary*. Pero un breve estudio de las grandes religiones del mundo, incluidas las de los antiguos egipcios, griegos, romanos, indios y chinos, o, lo que es lo mismo, una mirada a los diferentes movimientos religiosos en el mundo occidental durante unos pocos siglos recientes, mostrará que hay muchas visiones diferentes de lo que es esta «realidad última o suprema». No basta con preguntar si alguien cree o no cree en «Dios». La cuestión clave es de qué Dios estamos hablando. Parte de la razón de por qué Jesús intri-

gaba a la gente de su tiempo era que estaba hablando de «Dios» la mayor parte del tiempo, pero lo que decía tenía o no tenía sentido respectivamente en relación con el «Dios» en que estaban pensando sus oyentes.

Así que tenemos que entrar en el mundo de Jesús. Y, cuando lo hagamos, tenemos que intentar echar un vistazo a lo que quería decir cuando hablaba de Dios. Estos son dos de los enigmas fundamentales. Una vez que afrontamos estos dos problemas comenzamos a descubrir algo, o bastante, de nuestro mundo, incluyendo mucho que la Iglesia actual ha ignorado u olvidado completamente. Es el enigma escondido detrás de los otros dos. A lo largo de su corta carrera, Jesús hablaba y actuaba *como si estuviera al mando*.

Jesús hacía cosas que la gente no pensaba que se pudieran hacer, y las explicaba diciendo que tenía derecho a hacerlas. Después de todo no era meramente un maestro, aunque fue también realmente uno de los mayores maestros que ha conocido el mundo. Hablaba y actuaba más que como un simple maestro. Se comportaba como si tuviera el derecho, y aun el deber, de tomar a su cargo las cosas, de discernirlas, de hacer de su tierra, y quizá de un mundo más amplio, un lugar diferente. Se comportaba sospechosamente, como alguien que intenta comenzar un partido político o un movimiento revolucionario. Reunió un compacto grupo de asociados simbólicamente cargado (en su mundo, el número doce significaba solo una cosa: el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios). Y no pasó mucho tiempo sin que sus seguidores más cercanos le dijeran que ellos pensaban que realmente *estaba* al mando o debería estarlo. Él era el rey que habían estado esperando. Si buscamos un paralelo en el mundo de hoy, no lo encontraremos tanto en la aparición de un nuevo maestro o líder «religioso», sino en la de un político carismático y dinámico cuyos amigos le animan a que se presente a presidente, y que parece desde luego que lo que tiene le servirá para arreglarlo todo cuando consiga llegar a la cumbre.

Se podría haber pensado, y ciertamente la gente lo hizo en aquel tiempo, que la muerte definitiva de Jesús desvanecería

todas las esperanzas de una vez por todas. Pero no mucho después de su muerte, sus discípulos empezaron a proclamar que verdaderamente él *estaba* de nuevo al mando. Y empezaron a actuar como si fuera verdad. No se trata de «religión», en el sentido que el mundo occidental le ha asignado a esta palabra durante doscientos años. Se trata de todo: vida, arte, universo, justicia, muerte, dinero. Se trata de política, filosofía, cultura y ser humano. Se trata de un Dios mucho más grande que el «Dios» de la moderna «religión», tanto que apenas es posible pensar en los dos a la vez. Lo realmente impresionante y realmente intrigante sobre Jesús –entonces y ahora– es que parece no solo haber hablado de un Dios mucho más grande, sino haber lanzado realmente el nuevo proyecto transformador que este Dios había planeado todo el tiempo. Y sus seguidores realmente creyeron que había sucedido.

Hablar de alguien nuevo que está al mando era un discurso peligroso en tiempos de Jesús y es un discurso peligroso hoy en día. Alguien que se porta como si tuviera alguna clase de autoridad es una obvia amenaza para los gobernantes establecidos y para otros que poseen poder. Quizá esa es la razón, especialmente en los últimos doscientos o trescientos años, por la que este aspecto de Jesús no ha sido tan estudiado. Nuestra cultura se ha acostumbrado a pensar en Jesús como una figura «religiosa» más que «política». Hemos visto estas dos categorías como compartimentos estancos para mantenerlas estrictamente separadas. Pero no era así para Jesús y otras personas de su tiempo. ¿Qué sucedería si asumiéramos el riesgo de volver a su mundo, a su visión de Dios, y dijéramos: «Supongamos que es realmente verdad»? ¿Qué sería, con otras palabras, si Jesús no solo estuviera al mando entonces, sino también hoy?

Una idea ridícula, podría decirse. Es totalmente obvio que Jesús no está al mando en nuestro mundo. Asesinato, miseria y disturbios todavía siguen como siempre ha ocurrido. Incluso los llamados seguidores de Jesús han contribuido bastante a ello. (Mientras escribo esto, una masa «cristiana» está votando sobre tomar violenta venganza de los miembros de otra religión